



## **Sobre envejecimiento activo e intergeneracionalidad.**

### **Reflexiones pensando en los profesionales sociales**

*Mariano Sánchez Martínez e Pilar Díaz Conde*

#### **Prólogo**

**Q**ue la solidaridad intergeneracional debería ser uno de los componentes del envejecimiento activo se ha convertido, al menos en Europa, en una especie de afirmación fuera de toda duda, aceptada como tal sin discusión. El par envejecimiento activo-solidaridad intergeneracional aparece con más y más frecuencia por doquier. Y dado que estas páginas las escribimos durante el Año Europeo del Envejecimiento Activo y la Solidaridad entre las Generaciones, tomaremos este ejemplo como paradigma de lo que está siendo una aceptación acrítica de la conexión entre el envejecimiento activo –en adelante EA- y la solidaridad intergeneracional – en adelante SI - Y ello lo haremos teniendo en mente a los hombres y mujeres implicados en profesiones sociales (trabajadores sociales, educadores sociales, terapeutas ocupacionales, asistentes sociales, etc.).

La posición actual de la Unión Europea al respecto de la conexión EA-SI ha sido puesta de manifiesto cuando el Parlamento Europeo y el Consejo declararon, en septiembre de 2011, su intención de dedicar el año 2012 a facilitar la creación en Europa de *una cultura del envejecimiento activo basada en una sociedad para todas las edades*. En este contexto, estas dos instituciones afirmaban que, desde su punto de vista, promover el EA y movilizar el potencial de la población que tiene 50 o más años fomentará la solidaridad y la cooperación entre las generaciones. Es decir, que cuanto más EA tengamos, más SI nos encontraremos. En cambio, nosotros vemos las cosas de modo muy distinto.

En primer lugar, creemos que tratar de crear una cultura del envejecimiento activo – tal y como lo entienden las mencionadas instituciones - es un error, más producto de la manipulación que de la búsqueda auténtica del bienestar y

la felicidad de las personas a medida que envejecen. ¿Por qué todos deberíamos adaptarnos a una cultura – y solo a una - que defiende como ideal un solo tipo de envejecimiento, denominado envejecimiento activo, que, encima, se empeña en decirnos lo que tenemos hacer antes de interesarse por lo que deseamos o necesitamos hacer?

En segundo lugar, ¿por qué razón establecer tal cultura en torno al envejecimiento activo traerá consigo indefectiblemente más solidaridad intergeneracional? En todo caso, asentar el EA como marco de referencia único de lo que significa envejecer bien podría situarnos en un contexto en el que más personas mayores estuvieran más ocupadas; incluso podría darse el

caso de que algunas de esas personas mayores se implicasen en actividades en las que participen personas de diferentes generaciones. Ahora bien, ¿cómo se puede presumir que esas actividades multi-generacionales – que sólo a veces llegan a ser inter-generacionales - vayan a traer consigo, en todos los casos, solidaridad intergeneracional?

Nos parece que las instituciones europeas están cometiendo un viejo error: tratar de imponerle a la gente lo que sólo es una opción entre muchas como si fuese la única posible y conveniente. De eso, nuestra historia está llena. Pero, si es así, entonces no están haciendo un ejercicio social, de búsqueda del bienestar social y del bien común, sino un esfuerzo político, de control social, en virtud de unos intereses particulares – por mucho que los decisores europeos se revistan de representantes de los intereses generales de los pueblos de Europa.

### **O pensamos nosotros, o piensan por nosotros**



El Parlamento Europeo y el Consejo, cuando anunciaron la celebración del actual Año Europeo, se limitaron a tomar como concepto o de EA el propuesto por la OMS. Y, por tanto, heredaron de este concepto sus potencialidades y sus déficits. Así, esas dos instituciones entienden que el EA consiste básicamente en optimizar las oportunidades de salud, participación y seguridad con el fin de mejorar la calidad de vida a medida que las personas envejecen.

Dicho con palabras más sencillas, la idea vendría a ser la siguiente: hay que potenciar al máximo el bienestar físico, social y mental de las personas y su participación en la sociedad, a lo largo de su curso vital, a la vez que se les proporcionan protección, seguridad y cuidados cuando los necesiten. ¿Qué implica todo esto? Pues, según lo entienden esas mismas instituciones, el EA supone, entre otros, adaptar las condiciones de trabajo para que las personas mayores puedan tener un papel en el mercado laboral, combatir el edadismo, mejorar la salud y la seguridad en el trabajo, adaptar los sistemas de aprendizaje a lo largo de la vida a las necesidades de una fuerza de trabajo

que está envejeciendo y asegurar que los sistemas de protección social sean adecuados y proporcionen los debidos incentivos.

Como vemos, el Parlamento Europeo, el Consejo y la OMS parecen saber lo que nos conviene a la gente, a toda la gente, a medida que envejecemos, y, haciéndonos un gran favor a todos, pretenden regalarnos las oportunidades para que podamos hacer fácilmente eso que nos conviene. Lo que resulta un tanto extraño, en primer lugar, es que a los autores de estas líneas – por ponernos como ejemplo de lo que le sucede a muchos otros millones de personas - nunca nadie nos ha preguntado cómo queremos envejecer - ni si queremos hacerlo-; pero, al mismo tiempo, se nos incluye dentro del teórico grupo de personas a quienes van dirigidos los plausibles deseos de quienes han planificado, desde Bruselas y Estrasburgo, la política de EA que estamos comentando.

Todos estamos incluidos pero no a todos se nos ha preguntado lo que pensamos al respecto. Alguien lo ha pensado por nosotros. No obstante, algunas personas – entre las que nos incluimos - hemos dedicado un cierto tiempo y esfuerzo a pensar por nuestra cuenta sobre este asunto.

Creemos que no es de SI de lo que habría que hablar si estamos pensando en oportunidades para envejecer mejor sino de relaciones intergeneracionales, de intergeneracionalidad. La SI es sólo un tipo de relación intergeneracional: ¿Por qué habría de ser considerado como el tipo deseable a toda costa cuando pensamos en envejecer no sólo más sino mejor? No lo sabemos. Ahora bien, sí podemos plantear algunas ideas propias al respecto de cómo pensar la intergeneracionalidad para conectarla con el envejecimiento.

### **Intergeneracionalidad. ¿De qué estamos hablando?**

Hablar de intergeneracionalidad resulta a menudo paradójico: ¿Cómo es posible que siendo las relaciones entre generaciones algo consustancial a nuestras vidas – por lo menos, en su fase más temprana - suela suceder que no seamos muy conscientes de ello? Parece que hemos privilegiado otras formas de percibir las relaciones intergeneracionales – las vemos más bien como relaciones de familia, relaciones de amistad, relaciones de pareja, relaciones maestro-alumno, etcétera - de modo que la intergeneracionalidad ha quedado en la sombra. Hay mucha intergeneracionalidad que, hoy por hoy, aún resulta invisible a los ojos, incluso a los ojos de un profesional dedicado a intervenir sobre el envejecimiento social.

Quienes trabajamos en proyectos intergeneracionales creemos que si adoptamos la mirada adecuada y vemos – y miramos - la intergeneracionalidad que nos rodea, ésta puede ser un medio eficaz para mejorar las vidas de personas y comunidades. ¿En qué consiste esa mirada y cómo practicarla? La mirada intergeneracional consiste en saber ver, mirar y descubrir la intergeneracionalidad – la relación entre generaciones - allí donde ocurre. Pero, ¿qué quiere decir adoptar una mirada intergeneracional con respecto a las relaciones que mantenemos con otras personas? Desde nuestro punto de

vista, quiere decir ser conscientes de que esas otras personas ocupan un lugar distinto al nuestro en el ciclo y en el curso vital, en el discurrir de sus vidas y en las circunstancias en las cuales han vivido y viven. Es como cuando dos trenes en marcha cruzan sus trayectorias y a uno de ellos le falta poco para llegar a la siguiente estación mientras que el otro acaba de abandonarla. Y esto no significa que todas las personas tengamos que pasar por las mismas estaciones en nuestras vidas; lo que significa es que todos – desde los recién nacidos hasta las personas más ancianas - vivimos en marcha, de una estación a otra, realizando nuestras propias trayectorias, en contextos dados y en momentos históricos concretos. Pero cruzarnos unos con otros – relacionarnos - es inevitable. Cosa distinta es que nos demos cuenta de ello y que lo veamos desde la perspectiva que acabamos de plantear.

Sin embargo, ya no basta con preguntarle a alguien qué edad tiene para saber a qué generación pertenece; la edad no es lo que era. Podemos encontrarnos a adultos que, por no ser capaces de encontrar un empleo, aún no pertenecen a la generación de las personas emancipadas; y sabemos de personas mayores que, por no saber utilizar las nuevas tecnologías, no forman parte de la generación de Internet. Hay jóvenes que, a temprana edad, ya pertenecen a la generación de los padres, y cada vez resulta más común encontrarnos con personas de edad avanzada que deciden tener su primer hijo. Las posiciones generacionales son cada vez más complejas y las relaciones intergeneracionales, cada vez más variables y diversas. No en vano, el aumento de la esperanza media de vida hace posible que, como nunca antes en la historia de la humanidad, cuatro y hasta cinco generaciones puedan convivir en un mismo tiempo. Y esto nos tiene dar qué pensar.

### **¿Qué es lo que las relaciones intergeneracionales, desde nuestro punto de vista, no son?**

A veces, para entender un concepto, puede resultar de ayuda descartar lo que no hay detrás del mismo. Vamos a intentarlo. Por lo general, las relaciones intergeneracionales (en adelante RI), según las entendemos nosotros, no son nada de esto:

Las RI no consisten en la mera coincidencia en un mismo lugar de personas de distintas generaciones. A esto se le llama multi-generacionalidad y no inter-generacionalidad.

Las RI no son relaciones que siempre se deben caracterizar por la solidaridad y el apoyo mutuo. Los conflictos, las desavenencias, los sentimientos ambivalentes también forman parte de estas relaciones. No caigamos en el error de tener en nuestra cabeza una imagen sonrosada de estas relaciones que nos lleve a pensar que sólo son buenas cuando hay entendimiento, cercanía y afecto.

Las RI no son actividades sino procesos. Es decir, que necesitan de tiempo y ritmo, de vivencias y experiencias para ir tomando forma. Organizar actividades intergeneracionales puede facilitar la interacción -

hacer cosas juntos -; pero otra cosa distinta es relacionarse - crear vínculos de los que las personas acabamos siendo en alguna medida dependientes para saber quiénes somos -.

Las RI tampoco son relaciones obvias, que salten a la vista. Es habitual que haya que ayudar a que quienes participan en ellas caigan en la cuenta de su carácter intergeneracional. De hecho, ésta sería una de las tareas fundamentales a acometer por cualquier proyecto intergeneracional.

Las RI no son simples actuaciones sino potenciales fuentes de experiencia. ¿Por qué? Porque las experiencias las ganamos cuando acumulamos vivencias a lo largo del tiempo y somos capaces de reflexionar sobre ellas. Cuando personas de distintas generaciones se cruzan - como pasaba con los

trenes de los que hablábamos más arriba -, habitualmente se les presentan oportunidades de prestar atención a lo que otras personas han vivido o están viviendo y, en consecuencia, a lo que ellas han vivido o están viviendo. Y ahí es donde puede surgir la experiencia.

Las RI no son una etiqueta sino un ingrediente básico en las relaciones humanas. No todas las relaciones intergeneracionales son aquéllas a las que les hemos puesto ese nombre. Ya lo hemos dicho: hay mucha intergeneracionalidad que, sin llamarla así, existe. La cuestión es, ¿somos capaces de descubrirla y aprovecharla?

Finalmente, por si queda aún alguna duda, las RI no son ninguna panacea. De entrada, trabajar con perspectiva intergeneracional, fomentando las relaciones intergeneracionales, no es garantía de nada. Como sucede con todo tipo de relación humana, las cosas irán mejor o a peor según se vayan desarrollando. Por tanto, no hay que hacer apuestas ciegas ni experimentos; trabajar intergeneracionalmente *porque sí* no tiene sentido e incluso puede resultar contraproducente.



### **“Y, como profesional social, ¿Qué puedo hacer?”**

Ante todo, lo que hay que hacer es pensar y no dejarse llevar sin más por lo que otros nos digan que conviene o que hay que hacer (por supuesto, entre esos otros nos incluimos nosotros mismos, como autores de estas reflexiones). Ese pensamiento - reflexivo y (auto) crítico - debería poder ayudarnos a decidir qué postura tomar y qué hacer en consecuencia. Una cosa es hacer algo porque toca, porque me lo imponen o porque todo el mundo lo hace,... y otra muy distinta es hacerlo con un mayor o menor sentido propio -individual o colectivo -. Creemos que, cuando menos, como profesionales, debemos aspirar

a esto último en el mayor grado posible.

Nuestra propuesta más importante con respecto a lo que se puede hacer sería centrarnos en trabajar más en clave relacional y menos en clave de individuos o de grupos de individuos que llevan a cabo actividades. Somos conscientes de que la cultura habitual de la intervención social institucionalizada tiende a primar lo segundo pero, dicho esto, creemos que, en el marco de esa misma cultura, hay espacio libre para cultivar lo primero, las relaciones.

En consonancia con lo anterior, una segunda sugerencia sería prestar más atención a los procesos en lugar de a los resultados, a los productos: el envejecimiento activo - envejecer mejor - exige tiempo, es un hacer-a-lo-largo-de-la-vida, con continuidades y discontinuidades, contingente, diverso, inextricable muy a menudo. Por tanto, - sugerimos - no pongamos tanto énfasis en el control de lo que sucede para tratar de llegar inevitablemente a donde nos interesa llegar. Ojalá algún día dejemos de abusar tanto del sacrosanto modelo del marco lógico para programar nuestras intervenciones y pasemos a crear otras alternativas que trabajen más a lo ancho que a lo largo, es decir, que presten más atención a lo que va sucediendo que a llegar a la línea de meta preestablecida. El mapeo de alcances y la planificación centrada en la persona son dos interesantes ejemplos al respecto.

Y, dicho eso, ¿qué más hacer? Pues aquí van otras sugerencias que, naturalmente, necesitan ser traducidas a los contextos concretos en los que cada profesional trabaja:

Plantear acciones generacionalmente inclusivas, abiertas al cruce entre edades y generaciones, donde más que *hacer* las personas puedan *estar-y-ser-con*.

Renovar los métodos y los lenguajes. Nuestros programas de envejecimiento deberían prestar más atención y cuidar las experiencias y no tanto las prácticas.

Reforzar el trabajo transversal, el trabajo *inter* y disminuir la segregación sectorial: tenemos programas para mayores, programas para jóvenes, programas para niños, programas para discapacitados; programas para, programas para, programas para... ¡Hasta hay quienes hablan de programas para mayores activos y los contraponen a los programas para mayores dependientes! ¿A dónde hemos llegado?

Prestar más atención a la diversidad. Es una tarea que, en gran medida, aún tenemos pendiente; y el trabajo intergeneracional nos enfrenta a la diversidad – si somos capaces de verla - de una manera insoslayable.

Actuar con inteligencia generacional, es decir, reconociéndonos miembros de generaciones – cosa que va más allá de contrastar nuestras respectivas fechas de nacimiento -, descubriendo la existencia

de otras generaciones y teniendo presente el mapa y los procesos generacionales a la hora de decidir lo que pensar o hacer.

Aplicar la perspectiva del curso vital. Las personas vivimos nuestras vidas y nos desarrollamos a base de realizar trayectorias, que incluyen transiciones, momentos de crisis y condicionantes externos. Hagamos posible y fácil que esas trayectorias se crucen entre sí de modo que quienes van más avanzados entren en contacto con quienes van por detrás; de este modo estaremos interviniendo en clave intergeneracional.

### **Epílogo, nada auto-indulgente**

Somos conscientes de todo lo que se queda en el tintero. De hecho, no hemos desarrollado sino un marco y algunas pinceladas de la cuestión. El tiempo y el espacio nos limitan. Además, para evitar la auto-complacencia, reconocemos que las ideas expuestas son pensamiento en elaboración y, como diría Hanna Arendt, sin barandilla. Nos hemos expuesto – es decir, mostrado - con algunas de nuestras ideas acerca de la forma de mirar, de pensar y de encarar el trabajo en pro de mejores envejecimientos para todos. El reto es enorme y vamos a necesitar toda nuestra capacidad crítica e innovadora; de lo contrario, nos aplastará el rodillo de una institucionalización ciega, empeñada en vaciar de contenido la potencia de las ideas para favorecer sus propias lógicas auto-legitimadoras.

Estamos convencidos de que si el envejecimiento personal y social ha de ir a mejor, no va a ser fundamentalmente por la iniciativa institucional sino por la comunitaria, a nivel local. Nos parece que está en vías de extinción esa postura ciudadana según la cual cada vez que se plantea un reto, levantamos la vista y alzamos la voz pidiendo soluciones a gobernantes y administradores. Este sistema está acabado. Si queremos envejecer mejor, debemos tomar cartas en el asunto: la implicación cívica, seria y responsable, valiente y creativa, de las personas de todas las generaciones es condición indispensable para movernos en la dirección adecuada. No hay maná alguno que esperar. Como bien dice el Libro Blanco del Envejecimiento Activo que elaboramos en Andalucía hace un par de años, envejecer bien es cosa de todos, no puede ser un proyecto individual: mi autonomía y mi independencia no aseguran mi bienestar a medida que envejezco si en mi entorno no hay otras personas con quienes interactuar y relacionarme. Envejecer no es una tarea independiente sino inter-dependiente, entre-tejida.

Sin afán impositivo alguno, nos parece que todos, jóvenes y mayores, hombres y mujeres, independientes y dependientes, todas las personas, deberíamos prestar un poco más de atención al hecho histórico sin precedentes de que nuestra esperanza de vida se ha alargado considerablemente. La gran cuestión que tenemos delante no es baladí: ¿Qué hacemos con esos años de más en nuestra esperanza de vida con los que, inesperadamente, y en comparación con nuestros abuelos, nos hemos encontrado? Si para llegar a una respuesta

necesitamos de la colaboración entre todos, a todas las edades, los profesionales sociales que trabajamos sobre el envejecimiento tenemos la obligación de aportar la parte que nos corresponde de la respuesta. Las líneas que aquí finalizan han intentado ser una pequeña contribución en ese sentido.

*Data de recebimento: 28/09/2012; Data de aceite:30/09/2012.*

---

**Mariano Sánchez Martínez** - Profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de Granada y coordinador técnico de la Red Intergeneracional ([www.imserso.redintergeneracional.es](http://www.imserso.redintergeneracional.es)). En la actualidad co-dirige el curso de formación de profesionales del trabajo intergeneracional y dirige el equipo investigador español del proyecto ECIL (GENerate: The Development of a European Certificate in Intergenerational Learning). E-mail: [marianos@ugr.es](mailto:marianos@ugr.es)

**Pilar Díaz Conde** - Profesora del Departamento de Psicología Social de la Universidad de Granada. Forma parte del equipo técnico de la Red Intergeneracional ([www.imserso.redintergeneracional.es](http://www.imserso.redintergeneracional.es)) y cuenta con años de experiencia en la realización de programas intergeneracionales. Además, ha participado tanto en proyectos de investigación como en acciones formativas en torno a la profesionalización de las prácticas intergeneracionales. E-mail: [mpdiaz@ugr.es](mailto:mpdiaz@ugr.es)